El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8467 | DIARIO DE LA NOCHE | TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7'50 id —*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Strat, Mr. C. 166.—Administrador, *D. Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 21 de Enero de 1890

Salicilatos
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PEREZ.

Aprobados por la Real Academia de Medicina de Granada, recetados por los médicos y adoptados por los hospitales.

CURAN INMEDIATAMENTE como ningun otro remedio empleado hasta el dia, toda clase de VOMITOS Y DIARREAS, DE LOS TISICOS. DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS. COLERA. TIFUS, DISENTERIAS, VOMITOS DE LOS NIÑOS Y DE LAS EMBARAZADAS. CATARROS Y ACENAS DEL ESTOMAGO, ERUPTOS FETIDOS PIROXIS. Ningun remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados que son la admiración de los enfermos.

PRECIOS: En España: CAJA GRANDE. 3'50 pesetas. PEQUEÑA, 2 pesetas.

Cuidado con las falsificaciones porque no darán resultado. Exigid la firma y marca de garantía

DEPOSITO GENERAL:

ALMERIA. FARMACIA VIVAS PEREZ desde donde se remiten por correo á todas partes enviando 75 cts. más por certificado.

POR MAYOR: Madrid, M. García y Sociedad Ibero Universal Barcelona. Sociedad Farmacéutica é Hijos de J. Vidal y Ribas, de Alomar y Uriach. Cartagena, Abad y Romero Germes

De venta en todas las boticas de las provincias y pueblos de España, ultramar, Buenos-Aires y en toda la América de Sur.

Depósito al por mayor á los Sres. Fernández hermanos y compañía.

EL COMERCIO MARÍTIMO
EN CASO DE GUERRA.

En los actuales momentos, cuando la opinión general de Europa se fija atentamente en el conflicto que existe entre Portugal é Inglaterra, parécenos oportuno dar una idea, aunque sucinta, de un notable artículo que ha publicado hace poco tiempo una importante revista norte-americana, «Scribner's Magazine,» examinando cuáles serian para el comercio inglés las consecuencias de una guerra marítima y deduciendo conclusiones que merecen la pena de ser conocidas y meditadas.

Apoderarse en el mar de la propiedad privada del enemigo,—dice el «Escribner's Magazine»—es una medida extrema que las naciones civilizadas hubieran abandonado hace mucho tiempo, si la Gran Bretaña no hubiese persistido sistemáticamente en utilizarla como arma en provecho de su monopolio comercial.

La obstinación con que sostiene este principio en frente de las tendencias unánimes de todos los pueblos, indica de un modo suficiente las ventajas que de él puede sacar.

Calcula que suponiendo pérdidas iguales por una y otra parte, estas pérdidas serían reparadas en seguida por su propio comercio, mientras serían la ruina del comercio enemigo, y por consiguiente suprime un competidor modesto.

Sobre esta implacable teoría descansa la política tradicional de Inglaterra en materia de guerra marítima. Cualquiera que fuese su valor moral, tenía indudablemente, hasta la mitad de este siglo un valor financiero que los hechos han puesto en claro. Pero «Scribner's Magazine» juzga que los términos del problema son hoy completamente diversos, y que en lo sucesivo habrá que tener en cuenta las inmensas facilidades que los recientes inventos presentan para la destrucción. El ejemplo del *Alabama*, por citar otros, demuestra lo sencillo que es atacar el comercio marítimo y lo difícil que es defenderle. Es claro que con una docena de *Alabamas* por una y otra parte las pérdidas mayores serían necesariamente para la que tenga más comercio, pues no hay, por decirlo así, límites para las depredaciones que pueden causar en los mares semejantes aves de rapiña.

Por eso la actitud histórica de Inglaterra en materia de presas marítimas y el empleo que hace siempre de la guerra para destruir la concurrencia extranjera con factores esenciales de la política europea, factores á los cuales nunca concederán bastante atención las naciones mercantiles. El poderío naval de la Gran Bretaña puede considerarse como un elemento fundamental del equilibrio internacional y hacer un papel interino en alguna combinación de alianzas, y no es menos cierto afirma la revista americana, que todo el mundo vería con satisfacción, oculta ó manifiesta, reducido á las proporciones navales ese coloso del comercio marítimo así como no es dudoso que en la próxima guerra aquellos á quienes la suerte convierta en adversarios cuyos le asestarán golpes terribles, sirviéndose para herirle en los puntos vulnerables de los precedentes que él mismo ha creado.

Inglaterra, tan fuerte al parecer, por su comercio, está en realidad á merced del primer adversario decidido, tanto por lo enorme de sus negocios mercantiles, cuanto porque toda su industria y su alimentación dependen de él. No hay más que considerar sino que solamente la tercera parte de los trigos que necesita es de origen indígena, y que lo mismo sucede con los demás productos alimenticios. En 1887 sus importaciones en artículos para la alimentación (animales vivos ó muertos, manteca, queso, granos, harinas, lúpulo, azúcar, frutas y legumbres,) se elevaron á 3000 millones de pesetas, á los que se debe agregar 18 millones de libras de té, 30 millones de libras de café, 15 millones de libras de cacao, 13 millones de litros de vino, 34 millones de galones de alcohol, etc. Todo esto tiene que ir forzosamente por mar. Y por último, Inglaterra no se contenta con este enorme trabajo para su marina; exporta sus productos fabricados; trasporta los productos de otras naciones, de tal modo, que su comercio marítimo representa el 60 por 100 del comercio universal.

Esto sentado ¿qué sucedería en tiempo de guerra?

El primer efecto de la guerra—prosigue el «Scribner's Magazine»—sería arrebatar la mayor parte de los trasportes de mercancías neutrales al comercio inglés, y ésto suponiendo que la neutralidad de las mercancías estuviera perfectamente demostrada y que se observase al pie de la letra la Declaración de París, pues tales mercancías estarían expuestas, por lo menos, á ser secuestradas y detenidas en los puertos del enemigo, y siendo el objeto del expedidor que lleguen á su destino, este objeto no se conseguiría bajo el pabellón británico.

Además, ¿cómo suponer que de la noche á la mañana el comercio marítimo de las demás naciones podrá suplir al de Inglaterra en lo tocante á sus provisiones? Por más que todos los neutrales hagan, la carencia se hará sentir muy pronto. No hay que olvidar que se trata de una importación de 60 millones de pesetas por semana solamente en productos secundarios.

Supóngase por causa de retraso, de interrupción de las comunicaciones ó de capturas, una reducción de una cuarta parte de este término medio; pues es hambre para 40 millones de seres humanos, hambre acaso artificial al principio y resultante de la especulación ó del pánico, pero muy pronto real y verdadera por la fuerza misma de las cosas.

Se dirá que es cuestión de unas cuantas semanas y los neutrales acabarán por acudir con sus mercancías amparadas por su inmunidad.

Sí, á menos que el bloqueo efectivo no se oponga á su entrada en tal ó cual extensión de las costas. Sí, á menos que éstos ó los otros productos alimenticios no sean declarados contrabando de guerra. ¿Y quién lo impidirá? ¿No está admitido que todo cuanto sirve para la guerra puede calificarse de contrabando? El almirantazgo inglés ha declarado mil veces que son buena presa, bajo éste punto de vista, el pescado salado, la harina, la galleta, la manteca, el queso, el arroz, el vino y las bebidas alcohólicas.... ¿Cómo ha de tener derecho á esperar que no se vuelvan las tornas?

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

COMICO

Charada

Un **todo** que va embarcado
y miente con desvergüenza,
me contó, que yendo á caza
en una región desierta,
á un **prima tres** que se hallaba
durmiendo en una eminencia
le apuntó y no salió el tiro
por ser mala su escopeta;
y no teniendo á la mano
cuchillo, palo, ni piedra
conque pudiera matarlo
antes que **una tres** huyera,
se quitó un **segunda prima**
y le tiró con tal fuerza,
que en el instante, del golpe
cayó desplomado á tierra.

A. A.

La solución en el número próximo.

POETAS A LA FUNERALA

Cuando nos morimos los sujetos de poco más ó menos nos vemos definitivamente libres de las personas que nos molestan.

Pasamos á nuestra obscura inmortalidad casi en secreto.

A lo más, algún amigo que nos echa de menos en la tertulia del café, pregunta:

—¿Y Fulano?

El mozo interviene diciendo:

—Aquí estuvo ayer D. Antonio y me dijo que le habían enterrado la semana pasada.

—¡Pobre muchacho!

Y se pasa á otro asunto.

Los muertos de viso son más desgraciados.

Ya mientras en la agonía no pasan de muertos presuntos, ya cuando creen hallarse para siempre en su lugar descanso—como decía aquel teniente dándole el pésame al coronel por la muerte de la coronela se les vienen encima los poetas fúnebres.

Como el temporal empuja á las gaviotas hacia la costa ó como el olor atrae á los cuervos sobre el cadáver, el lecho de los agonizantes ó la tumba de los muertos ilustres congrega á los poetas fúnebres con todas sus naturales consecuencias.

No se contentan, como por cristiana costumbre suele hacerse, con llevar un puñado de tierra á la sepultura del insigne difunto, sino que vacian sobre ella una espuerta de ripios.

Siempre están prontos á las emociones más profundas; se afijen, ó lloran, ó se desesperan, ó dudan, ó «se quedan estáticos,» según las circunstancias, y en verso, por supuesto.

Para expresar tan contrarios y variados afectos, se valen de todos los «géneros» desde la seguidilla sepulcral hasta el «epitúmulo»—según denominación de uno de ellos.

Pero los que abundan son los que cultivan ó laboran, el soneto.

Estos son—como Jerónimo Paturot en los albores de su carrera literaria—víctimas del soneto, sin perjuicio de que seamos también las víctimas nosotros, y el difunto.

Siempre que tenemos que lamentar una gran pérdida para la patria, hay dos «artistas» que pasan la noche en trabajosa vela.

Aquí se oye contínuo martilleo.

Allá pasos agitados.

En un lado se confecciona la caja mortuoria.

En otro lado se construye el soneto lúgubre.

Uno de los artistas es el carpintero.

Otro el vate.

Y viceversa.

El muerto está servido.

Si pudiera elegir, se equivocaría.

Y se metería en el soneto para que fuese encerrado con él.

Dejando el ataúd á la contemplación de sus supervivientes, como una obra de buen gusto.

En muchas circunstancias he tenido yo ocasión de sorprender á varios ingenios á la funerala, en la convalecencia de su soneto, de sus quintillas, y de sus «epitúmulos» correspondientes.

Uno estaba tomándose media docenita de cañas en el colmado nuevo al anochecer.

Y por la tarde había dicho en una composición, ó cosa así, que se titulaba AL ILUSTRE INTERFECTO:

Desapareció tu cuerpo, yerto, frío,
y tu espíritu busco en el vacío...

Por lo visto el espíritu que buscaba era el de vino, aunque no el vacío precisamente.

Otro ensaya la «forma poética» de expresar su dolor en las listas de la casa del moribundo, y exclama:

No encuentro á mi acento el tono
que exprese mis desconsuelos...
(Y se toma unos buñuelos
con aguardiente del Mono.)

Un tercero hería las cuerdas escépticas de su lira, ó de su bandurria, exclamando «con desdén profundo»:

Gloria, poder, amor, dinero, suerte...
¡Todo es sueño, ficción, engaño, muerte!

Y con los dos duros que le dieron por su trabajo, salió á tomar un décimo para el sorteo próximo.

Bien es verdad que no pudo sacar ni el reintegro con lo que debió quedar convencido, en efecto, de que todo es ficción, hasta el bombo de la lotería.

No niego yo por esto á los muertos ilustres las honras de las musas, ni desconozco que éstas tienen dignos sacerdotes que pueden y deben celebrar una misa de *Requiem* en los altares de la poesía.

Pero para una golondrina que se pare á cantar en la tumba del grande hombre, como quería el poeta italiano, ¡cuántos cuervos